

REPERTORIO AMERICANO

San José, Costa Rica

1925

Lunes 5 de Octubre

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA



SUMARIO: *Los países del Plata*, por Alberto Gerchunoff.—*La América Latina*, por Leopoldo Lugones.—*El Ministro organizador de la abundancia*.—*La palmera*, por Horacio Quiroga.—*La cueva de la raposa*, por Alberto Masferrer.—*Del árbol caído...*, por A. H. Pallais.—*El partido político que hace falta*, por Luis Araquistain.—*William J. Bryan*, por José Carlos Mariátegui.—*René Quinton*, por B. Sanín Cano.—*Sonetos*, por Arturo Torres Rioseco.—*Tablero*.—*Oshidori*, por Lafcadio Hearn.—*En la orilla*, por Pedro Henríquez Ureña.—*La política*, por Ricardo Sáenz Hayes.—*La Edad de Oro*.—*Con los autores*, por gm.

Los países del Plata

Por

ALBERTO GERCHUNOFF

CADA VEZ que una República de América celebra un hecho cardinal de su historia, se advierte en la adhesión de los pueblos vecinos, un movimiento de simpatía que rebalsa los límites del protocolarismo oficial y cobra el aspecto de algo más significativo, de algo más hondo y que viene de la raíz misma de la colectividad. Las fiestas de Chile, las fiestas del Brasil, del Perú, de Bolivia, tuvieron entre nosotros la repercusión de un acontecimiento familiar. En nuestras escuelas, los maestros explicaron, con espíritu de sencilla cordialidad, el origen y el carácter de esos sucesos, y en actos en que se notaba la vibración popular, el homenaje argentino reflejaba en su amplitud un regocijo íntimo. Ello nos revela que el viejo sentido de la hermandad americana, sin limitación de idiomas o de diferenciaciones raciales, subsiste y se vigoriza en la conciencia continental. El florecimiento aislado de las patrias distintas no se opone al arraigo reflexivo de la amplia concepción humana con que se fueron perfilando en su lento proceso histórico las entidades nacionales de América. Aquel idealismo que en los días penosos del génesis dió unidad en la acción a los grupos embrionarios de las nacionalidades, les da hoy, con una visión todavía más definida del futuro, una fisonomía moral igualmente precisa. Y es un fenómeno que ha de provocar el sereno interés de los que meditan sobre las cosas actuales y saben deducir de la trama compleja de los acontecimientos una tesis que vaya más allá de lo que es inmediatamente visible. Esas pruebas de convivencia tranquila de Naciones contrastan, desde luego, con la crisis aparente, es decir, momentánea, en que se encuentran las ideas que ofrecieron, en el curso del siglo XIX,

la seguridad de su dominio expansivo. La Europa, que ha contradicho esas ideas, que, sin embargo, las ha forjado trabajosamente con su filosofía, con la conducta de sus hombres mejores, y que las convirtió en un impulso de sus actividades democráticas, se empeña ahora en desvirtuarlas con una antítesis supina. Ha esbozado en la práctica de su agitación diaria un antihumanitarismo que se sumerge en la negación. Sabemos que eso no será duradero porque la historia no es pesimista. La historia, que es la realidad sucesiva, confirma, a pesar de los que la hacen, el sueño de los que creen en la fatalidad benévola del destino humano y el valor de América consiste precisamente en la fuerza cohesiva de esa credulidad. Es así como honra el espíritu de la civilización europea, aunque intente reproducir sus defectos y se ensaye, a veces, en el traslado ingenuo de lo que allí es el vestigio de sedimentos antiguos y tiene su germen en causas lejanas que aquí no logramos comprender sin esfuerzo. América es fiel a los principios que le comunicaron un alma común y realiza gradualmente esas aspiraciones generosas. Es una continuación de la buena Europa que hemos aprendido a amar en sus concreciones más bellas y de las que no abdicaremos, por nosotros, los americanos, y por los europeos.

Ha de tener, pues, para el que contempla el panorama de la actualidad, la firme consistencia del espíritu americano la significación de un contraste fortificador. ¿Cuál es la base de ese espíritu? No reposa, desde luego, en

un cimiento ostensible, en uno de esos pilares ficticios que se consideran sólidos porque son en el instante lo que se estima útil, como lo es un convenio o una alianza. Reposas en un sentimiento, esto es, en una ilusión que lleva en sí la potencia distante de lo que será, que no se aísla en una demostración, que no se cifra en la materialidad de la prueba. Pero su expresión es, no obstante eso, evidente y los que se desvelan por descubrir en la vida de relación de las Naciones el oculto y permanente fondo de egoísmo y las líneas generadoras de la agresión y de la hostilidad, tienen que reconocer que esos fermentos se esconden, cuando menos, en los grupos americanos y únicamente aparece en la superficie colectiva el deseo de esa armonía que se profesa públicamente y representa ya una tradición secular. No es prudente, nos dicen, creer en el derecho internacional, poner la fe en una política sistemática de concordia, de colaboración, de compenetración. En efecto, esa teoría negativa se funda en la experiencia de los pueblos inavenibles de Europa, y, en cambio, en América, existe una experiencia diferente. Las Repúblicas americanas han recurrido pocas veces a la fuerza después de su organización; las veces en que se han apartado de la prudencia conciliadora lo han pagado con el arrepentimiento, y aun en la agria separación nacida de esos conflictos del pasado se percibe un matiz espiritual, un tono psicológico que se aleja del encono casi imborrable que individualiza a los Estados nutridores de la cultura. Es así como se ha transformado en América el arbitramento de la justicia, de la noción del derecho, en un método y es por ello que estos pueblos se sienten, por encima de los oscurecimientos tran-

sitorios, miembros de una comunidad. La fraternidad tiene en Europa, en la Europa que admiramos, que amamos, que necesitamos, que nos necesita y que algún día nos amará, una acepción puramente nacional. En América, para fortuna nuestra, tiene un sentido internacional. Es porque América es un inmenso país que se ha desmembrado en regiones autonómicas, de acuerdo con un instinto de originalidad característica. Es por eso que esa hermandad no es vana. Habla a nuestro recuerdo, nos emociona en la evocación de sacrificios comunes, nos halaga en la belleza de una esperanza de la cual somos, por la ley misteriosa que elabora el porvenir, los activos trabajadores. Y hoy habla a ese recuerdo y consolida esa esperanza la fecha del Uruguay. Sí; formamos los países del Plata y nos cuesta concebir que más allá del río maravilloso empieza otra Nación. ¿Es realmente otra Nación? Lo es y es quizá por eso, porque la conocemos en la intimidad de su energía, en la

semejanza de su conjunto y en la diversidad de los rasgos geniales que la tipifican con tan vigorosa personalidad, es por eso que nos sentimos vinculados con el calor del corazón al pueblo valeroso, de vibradora juventud, de ardiente empuje, que no teme las ideas, que no se detiene ante el precedente y que vuelca en su franqueza viril de adolescente magnífico toda la substancia vital de su alma. Allí tuvo el combatiente argentino de la libertad el techo y el pan cuando bajo nuestro cielo el pensamiento estaba proscripto. Montevideo está en nuestra historia como estamos en la historia de Montevideo, puesto que en sus hazañas, en su gesta doméstica de patria libre, estuvieron presentes los hombres de Buenos Aires, los hombres de la Argentina. La imprenta del Uruguay, como la de Santiago, fué nuestra imprenta en las horas aciagas, sus estudios cívicos se abrieron a la elocuencia ruda y fecunda del patriciado de nuestra democracia, de nuestra prédica

liberal en el periodo sombrío. ¿Por qué ha de diferir lo que vendrá de lo que fué? ¿Por qué ha de sobreponerse una imagen huraña de América a la imagen heroica y romántica de la América del pasado? Pensémoslo, meditémoslo, en los días en que la República del Uruguay, el otro país del Plata, celebra lo que está adherido a nuestra memoria (1), hecho esencia y corteza en nuestro ser nacional y nos llama a participar de su fiesta, de su solemnidad, trascendente para nosotros, sugeridora de fuerte alegría, que auspicia la fe en los designios recíprocos y resurge en los lugares que fueron el escenario en que se desarrolló la magna leyenda; sobre la extensión bruñida de las aguas resurge el eco vasto de la misma voz, del mismo acento que nos confunde en la tibieza de una proximidad que nos une el espíritu.

(La Nación, Buenos Aires).

DESIGNADO por el Consejo de la Sociedad de las Naciones para formar parte de la Comisión de Cooperación Intelectual, fundada con el objeto de su título, mi atención debe ser preferente para los países de la América Latina, no sólo por pertenecer yo a uno de ellos, sino por el hecho causal de haberse creado el puesto que ocupó a iniciativa de la delegación venezolana y mediante el apoyo uniforme de las que mantenían dichos países ante la Sociedad, con el objeto de dar representación a la cultura de las naciones americanas de idioma castellano. Prosperó así la doctrina de nuestra autonomía espiritual respecto de España, como había sucedido ya con la de los Estados Unidos respecto de Inglaterra; y teniendo además su representación la del Brasil, en la meritisima persona de Aloisyo de Castro, pudo decirse que en el dominio intelectual América era también para los americanos.

Acaba, entretanto, de fundarse la Unión Latino-Americana en Buenos Aires, con el propósito de «coordinar la acción de los escritores, intelectuales y maestros de la América Latina, como medio de alcanzar una progresiva compenetración política, económica y moral, en armonía con los ideales nuevos de la humanidad».

Nadie ignora que el programa de la Sociedad o Liga de las Naciones es también ecuménico y cooperativo; con lo cual todo concurre a la pertinencia de las siguientes observaciones sobre el programa de la susodicha Unión, que en mi carácter de intelectual y escritor considero inaceptable.

Examinaré uno por uno los puntos controvertibles, transcribiéndolos para evitar cargos de mala interpretación.

Dice primero: «orientar las Naciones de

La América Latina

la América Latina hacia una Confederación que garantice su independencia y libertad contra el imperialismo de los Estados capitalistas extranjeros, uniformando los principios fundamentales del derecho público y privado, y promoviendo la creación sucesiva de entidades jurídicas, económicas e intelectuales de carácter continental».

Es la idea de Bolívar, abortada cuando, según se verá, resultaba mucho menos quimérica, y reducida, como se ve, en tres puntos capitales: la limitación a la América Latina por exclusión de los Estados Unidos, conforme se manifiesta más abajo: el resguardo de la independencia contra los «Estados capitalistas» solamente; y la falta del ejército y de la escuadra federales, que según el plan del libertador debía dar efecto a las sanciones de la Confederación en caso de rebeldía.

Cuando Bolívar acometió su empresa—panamericana—la comunidad de propósitos entre las Naciones que acababan de luchar contra la dominación española era mucho más sencilla, sólida y activa que hoy, habiéndose logrado su triunfo por la alianza de las armas. A este estado de cosas casi ideal en la materia, correspondía la falta de rivalidad de intereses y la ausencia de problemas étnicos y religiosos. Era, por decirlo así, el momento idílico de la victoria. Y la idea abortó por quimérica, conforme supo verlo bien, ya entonces, la senatez argentina.

Fuera de los motivos circunstanciales del fracaso, había uno esencial que es el contrasentido irreducible de todas las tentativas análogas: la necesidad de imponer por

la fuerza las sanciones desacatadas, pues sin ello no hay unión efectiva, y la imposibilidad de que eso no constituya un super Estado, repugnante a la soberanía nacional. Así fracasó también la iniciativa wilsoniana; pero, en el caso que nos ocupa, sería peor aún.

Como sólo unos pocos países de la América Latina poseen elementos de combate a distancia, principalmente flotas, que serían los principales, el resguardo de la independencia amenazada por «los Estados capitalistas»,—y si esto quiere decir «potencias», por las Naciones más fuertes,—constituiría una carga tal, que basta anunciarlo para comprender su absurdo.

Supongamos una república de la América Central, agredida por los Estados Unidos. Allí irían a hacerse derrotar inútil, pero infaliblemente, las pequeñas escuadras reunidas de Chile, el Brasil, la República Argentina,—pongamos el Perú y media docena de cruceritos más—con el peregrino resultado de autorizarle al agresor más atentados, y a mansalva...

Verdad es que el programa de la «Unión» excluye la fuerza; pero este es, precisamente, un motivo de su inferioridad respecto al de Bolívar. Con todo, sigamos analizando sus prescripciones.

La defensa sería, dice, contra «los Estados capitalistas extranjeros».

Pero no define, aunque es fundamental, lo que debemos entender por «Estados capitalistas». ¿Lo serán también Italia y Francia, países latinos, por lo demás? Y si conforme a la clasificación socialista, que es la adoptada, al parecer, no lo fuese Rusia,

(1) El Centenario de la Florida: 25 de Agosto de 1925.

¿daría esto derecho a dicha potencia para atentar mañana contra la independencia y la libertad de un país latinoamericano?

Otro caso: la República Argentina puede ser muy pronto, y aspira a serlo, desde luego, con decisión, un Estado capitalista. ¿Será «extranjero», entonces? O, por no ser ahora ni una ni otra cosa ¿está eximido de respetar la independencia ajena? ¿Qué actitud asumiríamos, es decir, qué haríamos, efectivamente, si Chile o el Perú, disconformes con el resultado del plebiscito de Tacna y Arica, declararan la guerra? ¿O si Bolivia decidiera recobrar con las armas su litoral marítimo; o si causara una guerra posesoria su cuestión de límites con el Paraguay? ¿O si el Brasil por el Acre, o Colombia y el Ecuador por el Putumayo, o las cuestiones de límites de la América Central, que ayer, no más causaron movimiento de tropas en Panamá y Costa Rica?...

Entonces, o el ilusorio «ejército anfictionico» de Bolívar; o la dura realidad de la existencia posible, que hace de la patria, como de la vida individual, un permanente estado de fuerza.

Pero, la «Unión» proclama, todavía, la «solidaridad política de los pueblos latinoamericanos, y su acción conjunta en todas las cuestiones de interés mundial».

No se sabe si la primera de estas cláusulas propicia la intervención de unos Estados en la política interna de los otros, que puede comprender desde una elección municipal hasta la adopción de una forma de gobierno; pues ello crearía un semillero de conflictos, conducentes al choque armado. ¿En qué consistiría o dejaría de consistir la solidaridad política de nuestro país, por ejemplo, con otro latinoamericano que se declarara comunista como Rusia, o adoptara la monarquía, o creara una forma *sui generis*, aboliendo por ejemplo, el Parlamento o el Poder Ejecutivo?

En este momento de revisión constitucional, que va afectando al mundo entero, ello podría motivar complicaciones desagradables. Y ya se verá que no conjeturo, pues la misma dictadura cuenta entre las posibilidades del programa de la «Unión».

«La acción conjunta en todas las cuestiones de interés mundial» es otra quimera. Los intereses de las Naciones americanas son ya muy distintos y lo serán más aún a medida que su desarrollo los complique. Nada hay, a la vez, tan imprevisible como esas «cuestiones de interés mundial»; de suerte que ningún país responsable sabría comprometer a bulto y por anticipado su opinión, sin exponerse a peligrosas contingencias.

Todo esto proviene de un concepto mal aplicado por extensión; el de la mayoría democrática, que hace la ley del conjunto sometido a su régimen.

Pero no existe una democracia de Naciones ni ello es posible.

El principio de equivalencia individual, por lo demás, falso también, no puede regir para Naciones que valen por ocho o diez, si se considera que la soberanía na-

cional es, precisamente, la potestad de hacerse justicia por cuenta propia. La patria crea el derecho y la justicia, de exclusivo acuerdo con su interés y su poderío; y toda intervención exterior que restrinja esa potestad suya, comportará detrimento de su soberanía. Afectará su honor y creará el *casus belli*. La patria no es, originariamente, una entidad de derecho, sino una expresión de potencia y de victoria. Su derecho a existir confúndese con su capacidad de existir. De esta suerte no tiene juez posible. Su juez resultará necesariamente su enemigo. Es esta realidad lo que torna quimérico el arbitraje general obligatorio. La soberanía nacional es incompatible con la justicia internacional. La mejor política de la Nación será siempre la de su conveniencia. Y concretando: la Patria Argentina no es una creación del derecho, sino de la fuerza.

A esa solidaridad sin límites sucede, no obstante—*humanum est*,—una declaración hostil y violentamente contradictoria: «repudiación del panamericanismo oficial».

Lo que, en términos exactos, significa eliminación de los Estados Unidos.

Para precisarlo mejor, la cláusula siguiente preconiza la «solución arbitral de cualquier litigio que surja entre Naciones de la América Latina, por jurisdicciones exclusivamente latinoamericanas».

Esta beligerancia ideológica explica los sendos adjetivos «capitalista» y «oficial».

Panamericanismo, en efecto, significa concierto de todas las Naciones americanas, mediante la representación de los gobiernos, que son los agentes naturales de toda política internacional. El panamericanismo tiene, pues, que ser oficial, o no existe.

Ahora bien, por defectuoso que sea hasta hoy el ensayo, y por muchos errores que hayan cometido los gobiernos en él, saldrá siempre mejor buscar el concierto de todas las naciones americanas, y con mayor razón si se cree que la más fuerte es la más ocasionada a abusar, que constituir frente a ella un grupo inexorablemente apartado, es decir, sistemáticamente antagónico.

A ejercer los Estados Unidos el «imperialismo capitalista» de la referencia, aquello estimularía fuerte y prontamente una declarada hostilidad. Al intento, siquiera teórico, de unificación que es el panamericanismo, sucedería la permanente oposición de dos Américas contrarias. Curioso modo de propender al desarrollo de la concordia y la fraternidad humanas.

Mientras tanto, si el panamericanismo ha hecho poco, es también el único que ha hecho algo. En esto se diferencia de las otras congregaciones, como la bolivariana y la de 1863, meros proyectos de resguardo ilusorio; sobre todo el último, enderezado contra «las potencias reaccionarias de Europa». Es del caso recordar que la cordura argentina, con su renovada negativa de entonces, tuvo una vez más la razón histórica. Y no podrá decirse que Rivadavia y Mitre fueron malos americanistas o liberales sospechosos...

En los Estados Unidos hay toda una especie de políticos ignorantes y brutales, y éstos son los famosos partidarios del *big stick*; pero existe otra, más numerosa y mejor, de individuos para quienes no es vana fórmula el concierto americano. Antes que palabras, y podría citar muchas autorizadas y elocuentes, mencionaré dos hechos entre docenas de otros, no menos importantes: Funcionan allá más cátedras de castellano que no de inglés en toda la América Latina; y lanzada, pocos días ha, la idea de fundar en el Estado de Florida una Universidad panamericana, no faltó el consabido «capitalista» que se subscribiera—él solo—con cinco millones de dólares. Dudo que se lograra reunir con igual objeto esa suma, por subscripción privada, en toda nuestra América. Y no quiero recordar instituciones realmente maravillosas, como las de Rockefeller y de Carnegie, porque son de beneficencia universal, aunque tanto les debe América. Afirmando, además, que no existe una sola prueba concluyente del «imperialismo capitalista» de aquel país.

Por lo que respecta a las jurisdicciones, arbitrales exclusivamente latinoamericanas, sería de recordar el desacato de Bolivia al laudo del presidente Figueroa Alcorta, si ello no equivaliera a mentar la sogá del proverbio. Con todo, es de advertir que a ese precedente se atuvieron por precaución el Perú y Chile, al convenir el arbitraje en ejecución; y sabido es que ningún país sudamericano, inclusive el nuestro y el Brasil, y aun ambos juntos, se habría creído con la capacidad suficiente para aceptar ese cometido.

Todo ello comprueba una vez más mi repetido aserto de que no hay en América política internacional posible sin los Estados Unidos, país con el cual no tenemos ningún motivo de agravio, aunque sí muchos de simpatía y conveniencia.

En cambio, la adopción de resentimientos ajenos, por fundados que sean, es mala política hasta en las relaciones individuales. No se vive de pesimismo ni de sospecha, ni la suma de ineptitudes engendra capacidad.

Cada colectividad entiende y practica la soberanía a su modo.

Rusia suprime la libertad de pensar (*l'en passe...*) y reduce a tres diarios oficiales la prensa de un país de ciento veinte millones de almas. El glorioso Estado de Tennessee prohíbe enseñar la teoría de la evolución. Nicaragua pide a la Marina de Guerra de los Estados Unidos una guardia oficial; y cuando ésta decide retirarse, el Gobierno le ruega que permanezca. Mientras tanto, amaga un conflicto de la poderosa Nación con Méjico, a causa de que allá expropiaban la tierra bajo promesa de una ley de indemnización que todavía no se ha propuesto. En esta diversidad contradictoria, la solidaridad se vuelve difícil.

Por fortuna, el programa de la «Unión» nos informa, desde luego. Su segundo párrafo expresa el propósito de combatir «toda dictadura que obste a las reformas inspiradas por anhelos de justicia social».

La inspiración de estos anhelos justificaría, pues, la dictadura; y no es menester mucho ingenio para comprender que se alude a la del proletariado. No es, por tanto, la dictadura lo malo, sino su inspiración. O sea, lo que todos los dictadores sostienen.

Pero, el antepenúltimo párrafo desvanece cualquier duda:

«Nacionalización de las fuentes de riqueza y abolición del privilegio económico».

Es, como se ve, nuestro viejo conocido el socialismo, con su fórmula específica.

Y entonces todo se aclara.

El imperialismo, limitado a los «Estados capitalistas», como si no constituyera una invasión, y de las peores, la propaganda comunista que sostiene el gobierno ruso contra las instituciones de los otros países, inclusive el nuestro, nueva y especialmente favorecido con esta preferencia de su hostilidad; para no hablar de conquistas a sangre y fuego, como la de Georgia, modelo de república socialista, según Macdonald, con el objeto bien capitalista, por cierto, de apoderarse del petróleo de Bakú.

Y se aclara la malquerencia contra los Estados Unidos, donde el socialismo nunca pudo prosperar, aun cuando se trata del país más trabajador, productor, rico, feliz y democrático del mundo, conforme lo demuestra la preferencia de todos los hombres necesitados de trabajo; mientras ese éxito humano se ha cumplido bajo el régimen de la propiedad privada, que el presidente Coolidge ratificaba en su último mensaje con valerosa convicción.

Llamados a optar entre esto y los frutos del marxismo en Rusia, el resultado no sería dudoso.

Ignoro si los países del Continente desean imitar las confiscaciones mejicanas; pero sé que el colectivismo, en un país despoblado aun, militarmente débil, grandemente necesitado de capital y de industria, con una fuerte población extranjera, todavía inconexa o flotante, comportaría un síncope mortal.

Destinados a constituir, por mucho tiempo aun, una República pastora y agrícola, mediante la incorporación de trabajadores enérgicos, a quienes sólo arraiga de veras la posesión del suelo, esto nos predestina a ser, como los Estados Unidos, un país conservador, capitalista, nacionalista, quizá guerrero. En todo caso, como lo es ya, un país contento de su suerte, y con ello poco dado a comprometerla en aventuras.

Hacer propietarios, es hacer argentinos; y a ello debiera corresponder una meditada ley de naturalización obligatoria. El socialismo es fenómeno de países sobrepoblados, industrializados y estables: condiciones que nos faltan totalmente. La idea de clase, como situación permanente en la sociedad, es acá, postiza. Generalmente llega el capaz de llegar. Y es mucho mejor constituir, mediante esa selección, siquiera ruda y cruel, un país de vencedores de la vida, que una blanduzca colmena de comensales a media ración.

Por lo demás, no se hace caridad con la

patria; ni ésta tiene otro deber que el de asegurar la felicidad a sus hijos. Su honor ante las demás, consiste en no hacerlo a costa del bien ajeno. No le incumbe otra responsabilidad que la de bastarse. Se vive como se puede, no como se imagina o razona, porque la vida es ajena a los sistemas humanos que llamamos moral. La inteligencia o la razón nada estable crean, ni siquiera crean nada. Lo único que crea, es el instinto, cuyas satisfacciones llamamos intereses y cuyo agente de realización es la fuerza. El intelectualismo y el racionalismo, no son más que metafísica.

La América Latina es, así, una mera expresión etnográfica. No existe la menor posibilidad de transformarla en entidad política; y creo que, si se realizara, no nos convendría figurar, al menos por ahora, en

ella. Así fué ya en 1825 y en 1863, y las razones actuales para mantener esa tradición, son más fuertes todavía.

El programa de la Unión que acaba de fundarse es, pues, a mi entender, una reedición de dos cosas viejas y malogradas por la experiencia: el americanismo bolivariano y el socialismo.

Al afirmarlo, con la franqueza correspondiente a la honradez, nada me cuesta añadir que no hay en ello la menor sombra de ironía ni de duda sobre la rectitud de intenciones de los fundadores de la «Unión», entre los que cuento más de un amigo. Toda crítica impersonal es un acto de consideración—valga la fórmula—distinguida

LEOPOLDO LUGONES

(... Buenos Aires).

El Ministro organizador de la abundancia

ESTE ministro que ha organizado la abundancia, que ha engendrado el superávit, que tiene dinero sobrante en las arcas de su Tesoro, satisfecho de su obra va a retirarse a su hogar y va a dejar que su sucesor haga sentir al feliz contribuyente los beneficios imponderables del orden, de la economía y de la austeridad. Parece ocioso decir que nos encontramos en los Estados Unidos, y que esta Hacienda próspera es la Hacienda yanqui. Se ha liquidado el Presupuesto de 1924-25; han sobrado 250 millones de dólares (1.720 millones de pesetas al cambio actual). Como los gastos no se han aumentado en el Presupuesto de 1925-26, y el crecimiento progresivo de las recaudaciones no ha de detenerse, se calcula que en el ejercicio actual el superávit excederá de 400 millones de dólares. Y Mister Mellon, que es el ministro organizador de esta abundancia, deja la cartera a Mr. Burton, para que organice, por medio de la desgravación de impuestos, el reintegro al pueblo americano de estas cantidades excesivas que ha pagado. En efecto: los impuestos disminuirán este año en esa misma proporción de 400 millones de dólares.

No se atribuya este superávit al exceso de riqueza que se ha acumulado en los Estados Unidos por la habilísima política practicada durante la guerra. Es el fruto de la política de economías y de rigor, aconsejada por el Presidente Coolidge y practicada por Mellon, frente al Congreso mismo, que en varias ocasiones quiso otorgar pensiones a los ex-soldados de la guerra, votar créditos navales y adquirir nueva ferretería de guerra, como se llama en América a los armamentos militares.

También M. Caillaux, en medio de la inesperada adversidad de Marrue-

cos, quiere ser en Francia el ministro que organice la abundancia, o por lo menos el que asegure la normalidad presupuestaria. La labor es bastante más difícil que la realizada en los Estados Unidos. Entre indemnizaciones de vida cara, entre compensaciones por la desvaloración del franco, entre provisiones militares, Francia ha llegado de un Presupuesto de 12.000 millones a un Presupuesto de 30.000. Descender ahora, desmontar toda esa máquina que pesa abrumadoramente sobre la nación es empresa de titanes, sobre todo cuando a la carga actual habrá que agregar en breve el pago de las anualidades que se concierten para la liquidación de las deudas interaliadas.

Comentábamos días pasados, en este mismo lugar cómo M. Caillaux, así como se revestía de armadura el caballero que había de lucir sus galas en un torneo, se había hecho una recia cota defensiva con nuevos poderes y nuevas atribuciones y más privilegiados fueros políticos otorgados al ministro de Hacienda. En vano se quisiera esquivar la palabra cierta: se ha atribuido una dictadura. Se han clausurado las Cámaras, y va a aprovecharse el interregno parlamentario y el descanso veraniego para intentar la cruenta operación quirúrgica de amputar oficinas, mutilar nóminas y cercenar escalafones. Ya en el *Journal Officiel* del día 9 ha aparecido el decreto constituyendo la Comisión, que subdividida en diferentes ponencias, ha de encargarse de proponer al ministro dictador todas las economías que se estimen hacederas. La va a presidir un funcionario prestigioso: el fiscal del Tribunal de Cuentas, M. Bloch, que lleva varios años censurando el derroche de la Administración pública, y también la for-

marán consejeros referendarios del mismo Tribunal, consejeros de Estado, generales, almirantes, ingenieros y jefes de los distintos ministerios. Ya muchos desconfían de que basten las reducciones en los gastos. Los arbitristas surgen de todos lados, y proponen al ministro medidas radicales. Desde la proposición presentada por los socialistas a la Cámara, reglamentando la rebaja del 10 por 100 en todos los valores del Estado, hasta en los billetes de Banco de 100 francos en adelante, al realquilamiento de los monopolios y a la venta de los ferrocarriles y a la cesión a los Es-

tados Unidos de San Pedro y Miquelon, que codician los yanquis para ahuyentar los contrabandistas de alcohol que allí se han establecido, M. Caillaux recibe toda suerte de sugerencias para restaurar la abundancia francesa. Sin embargo, el hacendista que tiene fama de osado no pone en esta ocasión su fe más que en la medida prudente de hacer economías, hasta el dolor, hasta la privación, hasta el sacrificio de todas las vanidades del Estado. Y esta fe estriba, no sólo en que el menor gasto será la nivelación, sino en que la práctica forzosa de las economías moraliza.

Son el orden, son la prudencia, son el temor, son la austeridad, imponen a los funcionarios una mayor intensidad de trabajo, y a los financieros y proveedores que cercan a toda Hacienda pública, un menor apetito de apoderarse de bienes que ve defendidos. Y entonces el contribuyente, viendo su dinero bien administrado, paga con mejor voluntad y paga más e inicia el superávit. Porque la verdad es que no son los ministros, sino los contribuyentes, quienes crean la abundancia en las naciones.

(*El Sol*, Madrid).

UNO de mis sueños de chico fué llegar a ver un día la avenida de las palmeras, en Río de Janeiro. Cuando pude realizarlo, vinieron a mi memoria las palabras con que un viejo señor observó una espléndida foto de dicha avenida, que yo en aquel momento contemplaba.

—Esto no da impresión de lo que es—dijo—. Es preciso verla.

Tenía razón el sujeto. Los testigos de comparación, humanos casi siempre, que se estilan al pie de los grandes monumentos, no logran nunca exaltar la grandeza de aquéllos. En las fotografías de la avenida en cuestión, se percibe claramente, por la pequeñez del hombre al pie de las palmeras, que éstas deben ser veinte o treinta veces más altas. Esta deducción se verifica ante una minúscula cartulina 9×12, bellísima de colores.

En realidad, las palmeras tienen 40 metros. Pero es preciso ver lo que es una columna viva de esta altura, en cuya sola cúspide, surgiendo como por fantasía, puede decirse que está la planta.

Nada en el suelo se advierte de apariencia vegetal. Ni un tono verde, ni una gota de rocío. A lo largo de la vista, sólo una doble y estrecha fila de columnas grises, casi blancas, perfectamente inmóviles e iguales. La vista se alza, y nada se percibe tampoco más arriba que tenga aspecto vegetal. Pudieran ser columnas de artefacto, de algún orden arquitectónico, pacientemente calculadas y construidas con dolor, piedra sobre piedra, en una demora sin fin. Sería esto, en verdad, un triste, frío y estéril remedo.

Pero cada columna de esas está viva. La inunda desde el pie a arriba, una ardiente vida que la ha hecho surgir naturalmente de la tierra con sus solas fuerzas, y que la alza, la alza cada vez más, no para recrear nuestra vista remedando una columna sino para dar apoyo a sus inmensas hojas, que esplenden, por fin, hacia

La palmera

todas las rosas del cuadrante, a 40 metros de la tierra madre.

Los jardines suspendidos de Babilonia no debieron ser otra cosa. Sobre las columnas, lisas y como estucadas, que se afilan y acercan allá arriba, se extiende aquella selva de verde profundo, sin una liana de transición que la una a tierra, perfectamente sola bajo el cielo desierto.

Sus grandes hojas de seis metros, que la brisa balancea apenas en grandes arcos, caen a veces a través de la atmósfera cálida, como grandes pájaros dormidos.

* *

Un par de enamorados, dos jóvenes rubios de raza nórdica, desembarcan en Río, en viaje de novios.

No hay dicha comparable a la suya. Ella, por haber realizado su sueño de trópico, y sentirse bien amada. El, por saberla feliz y adorarla.

Desde que la joven noruega ha abierto los ojos al sentimiento, el paisaje tropical ha constituido el imán de su vida. No ha sentido nunca la belleza de su clima natal, de sus abetos encapuchados de hielo. Su joven existencia se ha deslizado en un escalofrío glacial durante el día, y en un cálido ensueño, durante la noche, de islas ultraoceánicas, contorneadas de palmeras más negras, bajo la noche ecuatorial, que los rincones de cielo percibidos entre las estrellas.

La poesía y la salud, el amor y el encanto de dejarse vivir, lo ha aprendido, desde que abrió los ojos, en el paisaje tropical. Ha contemplado en sus carteles de escuela, en una perspectiva de aeroplano, las islas polinésicas dormidas en un lago que rodea un gran círculo de corales, y contra los que el mar rompe. El pri-

mer árbol que ha aprendido a dibujar con sus dedos infantiles, es la palmera. El ave ideal, es la de paraíso.

Daría ella la vida por una sola noche en los trópicos, arrullada por el mar, las palmeras y la voz de un bien amado.

Y helos aquí: el mar, las palmeras y su amor. Ha ofrecido su vida por ellos, y vive. Oye por fin la voz de su amado, y no ha muerto. Reclinada en el hombro de él:

—¡Oh, mi bien amado!—murmura— ¡Siento que nunca, nunca podremos despertar de esta felicidad!...

El ambiente, de suprema dulzura, se ajusta, grado por grado, al ensueño de la joven noruega. Pasa sobre el rostro como una lenta caricia de aire. Allá arriba, altísimas, las palmeras recortan sobre el esplendor de la luna sus inmensas hojas. Los ojos de la joven se alzan al cielo nocturno.

—¡Mira, Olaf!—murmura todavía—. ¿Crees que el Señor puede haber otorgado sus mercedes a otros climas? ¡Oh, mis palmeras! ¡Mis divinas noches tropicales!

Es el trópico, en efecto, dulce y sedante. Allá arriba, dulcemente, una gran hoja de seis metros acaba de desprenderse, y cae. Cae a través de la dulcísima atmósfera, planeando sin acierto ni medida, suspensa a veces en el aire, precipitándose otras como un cometa, con su gran cola a la rastra.

Esa caída desde 40 metros es demasiado grave para que la frente de una joven noruega pueda resistirla. Desde su primera infancia, ella ofreció su vida y su mismo corazón, si un día latía, por la dulzura sin límites de un paisaje tropical.

El país tropical le ha cogido la palabra.

HORACIO QUIROGA

(*Caras y Caretas*, Buenos Aires).

Qué infelicidad que estas gentes que rigen y dirigen a los pueblos, no sean capaces de ninguna justicia grande y eficaz! Son formulistas, idólatras de los fetiches que ellos mismos labraron, y después, cuando el ídolo asumió forma de dios, se llenaron de miedo, y le veneraron como a un dios de verdad.

Respeto, veneración, adoración, mimos y homenajes, incienso, campanas y altares, para sus *Constituciones* ineptas o inocuas. Mas, para la *Divina Constitución de Dios*, para las Normas Supremas de Justicia y de Amor, que deberían ser el alma de toda institución, para eso, nada.

Por eso, siglos van, siglos vienen, y van y vienen naciones y civilizaciones, y *la ciudad* es la misma, triste, infeliz copia de la antigua ciudad, hecha para la vida y el goce de unos cuantos, y para el tedio y la enfermedad y el sacrificio de los más.

Así fué Babilonia y así es París; así fué Roma y así es Nueva York; así fué Nínive y así es Londres; así son las ciudades de Europa, y así sus estúpidas imitaciones de América.

Una ciudad ¿qué debería ser sino la unión de gentes, ubicada en sitio común, donde hubiera un hogar para cada familia? ¿Y por qué no un hogar amplio, seco, luminoso y aireado y alegre?

Si hay una celdilla para cada abeja, y una celda para cada uno de los castores, y una cueva para cada ra-

La cueva de la raposa

posa, y un nido para cada avecita, y hasta una guarida para cada lobo y hasta un hoyo para cada reptil, ¿por qué, ¡Señor! no ha de haber un hogar para cada hombre y cada mujer que necesiten donde guarecerse a criar su niño, a esconder su amor y a modelar y afinar sus almas?

La ciudad...

En el centro, palacios, hoteles, casinos; en los barrios sanos y alegres, mansiones, chalets, villas; delicias y holguras para los amos. A la orilla, en el suburbio, para los pobres, mesones, tugurios, covachas, cuchitriles forjados con tablas podridas, con guangochos, trozos de acapetate enmohecidos, pedazos de lata oxidada, tiras de petates chinchosos, vejez, mugre, hediondez, oscuridad y melancolía y estrechez y asfixia!... y ahí dentro, criaturas de Dios, hacinadas, apelmazadas, incubando venganza, odio y rencor!... y ahí dentro, criaturas de Dios, a quienes los otros llaman conciudadanos, compatriotas, prójimos, hermanos, ¡hasta hermanos!...

¡Señor! en una ciudad, dondequiera que los hombres se agrupen a vivir juntos bajo una autoridad y un régimen—que eso es la ciudad—*haya una casa para cada familia*, y no más de una casa para cada familia. Una casa amplia, suficiente, desahogada, alegre y buena y bella... Pero

no más de una; una, exclusivamente una. Y las demás, *para los demás*.

Una casa para cada familia. Y familia, es padre, madre, niños.

Que la Comunidad le dé su casa a cada familia, para mientras la familia subsiste. ¿Se disolvió? Entonces recobra aquélla la casa, y la cede a la familia nueva que se forme.

Padre, madre y niños. ¿No hay niño, por la sangre? ¿No hay hijos nacidos de las propias entrañas? Pues que los haya del espíritu, por adopción, nacidos de la Caridad, que vale más inmensamente que la sangre.

No puede haber familia sin hogar, ni hay hogar sin casa propia y estable. Entonces, si la familia es pobre, y más si es desvalida, ¡qué cosa más natural, humana y justa, que la comunidad les haga el nido, la casa, la guarida, a más no poder?

Pero, y los ricos ¿de qué alimentarán su riqueza? ¿Cómo se harán todavía más ricos?

De mil maneras: Para eso hay lujo, teatros, vinos caros, joyas, vestidos suntuosos, carruajes, y diez mil invenciones de la locura y la soberbia. Sobra qué vender. Sobra en qué negociar. Sobra de qué amasar millones, sin necesidad de arruinar el alma y la vida de los pobres, negándoles lo que tienen las aves del cielo y las bestias del campo.

ALBERTO MASFERRER

San Salvador, Junio de 1925

De los poemas pesimistas

Del árbol caído...

El desprecio me envuelve, pues, «Del árbol caído», dice antiguo refrán, que «todos hacen leña».

La leña sin embargo, un árbol florecido fué junto a los caminos; su gracia ribereña,

ojo de agua de mansas parábolas, decía:

Soy, para los que pasan, la mejor bendición: los ciervos de la fuente, los pájaros del día, deshojan las dormidas rosas de mi canción.

Pero tú, ni maestro, necias caricaturas de clases y remedos locos, tus enseñanzas. Sus latines, sus misas, ¿qué saben estos curas, de métodos modernos de prácticas andanzas?

¡Si viven en las nubes! ¡Si nunca están al día! Y si estudian es como, si no estudiaran nada. Parásitos de aquella vieja filosofía muy «calaveras fiambres» ha siglos olvidada.

Esta leña del árbol, quién sabe cuántas rosas deshojó, bajo el palio de la rama florida, mientras las ignoradas lágrimas de las cosas caían, gota a gota, del ojo de la vida.

Esta leña del árbol, caída y silenciosa, será lengua de nuevo Pentecostés, mañana y paráclita joya de la divina Esposa y lámpara encendida, parábola cristiana

de las vírgenes sabias, niñas iluminadas:

Felicitas, Perpetua, Cecilia, Inés, Blandina.

Estas son las princesas *nin* vistas, *nin* tocadas, a la sombra dichosa de la Gracia divina.

Esta leña del árbol caído, será llama, para que transfigure su rostro la verdad, plenitud de los ojos abiertos, oriflama del Reino de Sor Clara, suprema claridad.

Dirías una huella de Cristo, silenciosa, donde ni una palabra perciban los oídos. Viéndola ¡qué fragancia! ¡qué buen olor de rosa! tuvieron mis discretos hermanos escondidos.

Pero tú, ni maestro, una rama podrida, tan huérfana y tan viuda, ¿servirá para leña? ¡Qué importa!, si tus nuevas mayúsculas de vida, tendrán color marchito de nostalgia que sueña,

de antiguo y silencioso *manoir*, en mi Bretaña, de canales flamencos, de historias olvidadas, en mi Brujas la Muerta, que gótica se baña, en una luz esquiva de sombras encantadas.

A. H. PALLAIS, Pbro.

León de Nicaragua.

El partido político que hace falta

UNOS maestros se han dolido de que en un artículo—*La ferocidad de cada día*—recordara yo el viejo precepto pedagógico de que la letra con sangre entra, como vigente todavía en algunas escuelas españolas. ¿Quiéren decir mis impugnadores que ha desaparecido por completo la clásica palmeta de nuestro mundo escolar? Sería temerario sostenerlo, o mucho han debido cambiar los métodos de enseñanza desde que los adultos de hoy íbamos a la escuela. ¿Quiéren decir más bien que esa costumbre salvaje de golpear al niño es una excepción cada día más rara en el magisterio de nuestro país? Acepto y reconozco este hecho con mucho gusto, y espero que a la vuelta de pocos años esa indigna costumbre, que hoy es tan censurada como en otro tiempo consentida, se considere como un delito semejante al de abuso de autoridad con los inferiores que señala el artículo 325 del Código de Justicia militar.

Mal podría animarme ningún propósito denigratorio contra el magisterio español, cuya cultura y sensibilidad ha mejorado en poco tiempo notablemente, cuando veo en la escuela primaria el instrumento más eficaz, por no decir el único, de renovación histórica de nuestro pueblo. El viejo y simple programa de Costa, escuela y dispensa, es todavía, y lo será por muchos años, el único programa político verdaderamente profundo. Sobre todo, la escuela, como principio de ciudadanía y despertamiento de la dignidad humana. Qué duda cabe de que mientras falten miles de escuelas y queden millones de personas sin aprender a leer o lo olviden por desuso, los españoles oscilarán entre la superstición y el fanatismo, entre la crueldad y la servidumbre, víctimas de sus instintos primarios o de los ajenos. Aunque, a veces, tanta brutalidad diaria mueva el ánimo a un pesimismo étnico, interpretándola como incorregible predisposición de una raza donde han concurrido tantos elementos africanos en quienes la crueldad es una segunda naturaleza, la razón se sobrepone a estos decaimientos y, ante el ejemplo de tantos pueblos bárbaros en el pasado, y hoy conversos a un orden donde rivalizan la justicia de las leyes y la suavidad de las costumbres, recobra su fe en la cultura del intelecto y de la sensibilidad.

Lo que más unifica la civilización europea, por encima de diferencias de raza, de riqueza, de religión y de lengua, es la escuela primaria, como fuente de revelación de la personali-

dad humana. Un país no será un pueblo, una agrupación de hombres con conciencia de su dignidad y de su destino individual y colectivo, sino un rebaño de siervos o una manada de fieras, mientras la escuela no lo humanice en su totalidad, domando los instintos antisociales de sus habitantes o despertando el sentimiento de sus personas. Eso es lo que ha hecho la escuela en Europa: crear pueblos aptos para la convivencia en la libertad común. Y donde no existe la escuela, o muy defectuosamente, como en la mayoría de los países de Africa, Asia y una parte de Europa, eso es lo que ha dejado de hacer, y por eso los pueblos sin escuelas no pueden convivir ni menos ser libres. La semejanza o diferencia del tipo de civilización—social, política, hasta económica—por que se rigen las naciones está determinada por los índices de sus respectivos analfabetismos. Las instituciones sociales y políticas de dos países con idéntico analfabetismo serán muy parecidas entre sí, aunque pertenezcan a épocas o continentes distintos, porque la proporción de *hombres*—de hombres con conciencia de que lo son en sí y quieren serlo en relación con los demás—es también la misma. He aquí un seguro principio de conocimiento: decidnos cuál es el analfabetismo de un pueblo y os diremos cuál es el grado de su civilización, incluso cuáles son sus formas de gobierno posibles.

Todos—políticos y escritores—vivimos en el constante error de querer modificar la superestructura de los pueblos, el mecanismo político por que se gobiernan, sin advertir que, cualquiera que sea la forma que se adopte, se plasmará fatalmente a la infraestructura sobre que descansa, al grado cultural de la nación que la sustenta, al número de gentes que sean hombres o estén en potencia de serlo por la acción de la escuela. Este debiera ser el criterio para juzgar del valor de cualquier partido político de Gobierno: su programa de enseñanza. En rigor, éste debiera ser el único partido de Gobierno que interesara a los verdaderos ciudadanos, a los que viven en la patria del porvenir: el Partido de la Escuela, el más revolucionario de todos, acaso el único espiritualmente revolucionario. Todo lo demás es querer cosechar en un yermo. Antes hay que roturar y sembrar.

Durante unos cuantos años el 90 por 100 del presupuesto nacional debiera destinarse a enseñanza pri-

maria. El resto nos sería dado luego de añadidura. Primero hay que hacer hombres, matando la fiera o el esclavo que llevamos dentro con el revulsivo de la cultura; luego se organizarán en pueblo civilizado. Una nación analfabeta no podrá ser nunca sensible ni libre. ¿Hay algún hombre que jure con su vida ese programa? Pues él será, automáticamente, el verdadero jefe de cuantos españoles sueñen con la patria que está por venir y que él promete realizar por el único órgano posible: la escuela.

LUIS ARAQUISTAIN

(*La Voz*, Madrid).

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

G. Stammler: <i>La Génesis del Derecho</i>	¢ 2.00
Luis López de Mesa: <i>Iola</i>	1.00
José M. ^a Chacón y Calvo: <i>Hermanito Menor</i>	1.00
J. Vasconcelos: <i>Artículos</i>	1.00
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Carlos Vaz Ferreira: <i>Reacciones</i>	1.00
Xavier Icaza: <i>Gente mexicana</i> (novela)	3.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Hugo de Barbajelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosista uruguayos)	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.00
Diego Carbonell: <i>Reflexiones históricas</i>	3.00
R. Heliodoro Valle: <i>Ánfora sedienta</i>	3.00
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	1.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de otoño y otros poemas</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
L. Lugones: <i>Elogio de Leonardo</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Luis Cané: <i>Mal estudiante</i>	4.00
José Martí: <i>Versos</i>	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00

Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.

CLASIFIQUEMOS a Mr. William Jennings Bryan entre los más ilustres representantes de la democracia y del puritanismo norteamericanos. Digamos ante todo que representaba un capítulo concluido, una época tramontada de la historia de los Estados Unidos. Su carrera de orador ha terminado hace pocos días con su deceso repentino. Pero su carrera de político había terminado hace varios años. El período wilsoniano señaló la última esperanza y la póstuma ilusión de la escuela democrática en la cual militaba William J. Bryan. Ya entonces Bryan no pudo personificar la gastada doctrina democrática.

Bryan y su propaganda correspondieron a los tiempos, un poco lejanos, en que el capitalismo y el imperialismo norteamericanos adquirieron, junto con la conciencia de sus fines, el impulso de su actual potencia. El fenómeno capitalista norteamericano tenía su expresión económica en el desarrollo mastodóntico de los trusts y tenía su expresión política en el expansionismo panamericanista. Bryan quiso oponerse a que este fenómeno histórico se cumpliera en toda su integridad y en toda su injusticia. Pero Bryan no era un economista. No era casi tampoco un político. Su protesta contra la injusticia social y contra la injusticia internacional carecía de una base realista. Bryan era un idealista, de viejo estilo, extraviado en una inmensa usina materialista. Su resistencia a este materialismo no se apoyaba, concretamente, en la clase que sufría sus consecuencias. Bryan ignoraba la economía. Condenaba el método de la clase dominante en el nombre de la ética que había heredado de sus ancestrales puritanos y del derecho que había aprendido en las universidades de la nueva Inglaterra.

Waldo Frank, en su libro *Nuestra América*, que recomiendo vivamente a la lectura de la nueva generación, define certeramente este aspecto de la personalidad de Bryan. Escribe Waldo Frank: «William Jennings Bryan, —que la América se empeña en satirizar—, denunció el imperialismo y presintió y deseó una justicia social, una calidad de vida que él no podía nombrar porque no la conocía absolutamente. Bryan era una voz que se perdió, hablando en 1896 como si Karl Marx no hubiera jamás existido, porque no había escuelas para enseñarle cómo dar a su sueño una consistencia y no había cerebros azas maduros para recibir sus palabras y extraer de ellas la idea. Bryan no consiguió ser presidente; pero si lo hubiera conseguido no por esto habría fracasado menos, pues su palabra iba contra el movimiento de todo un mundo. La guerra española no hizo sino aguzar

William J. Bryan



William J. Bryan, orador

(Dibujo publicado en junio de 1925, en el New York Times)

las garras del águila americana y Roosevelt subió al poder portado sobre el huracán que Bryan se había esforzado por conjurar».

Este juicio de uno de los más agudos escritores contemporáneos de los Estados Unidos sitúa a Bryan en su verdadero plano. Será superfluo todo sentimental transporte de sus correligionarios anhelantes de hacer de Bryan algo más que un frustrado leader de la democracia yanqui. Serán también vano todo rencoroso intento de sus adversarios en los trusts y de Wall Street por empequeñecer y ridiculizar a este predicador inocuo de medios utopías.

El caso Bryan podría ser la más interesante y objetiva de todas las lecciones de la historia contemporánea para los que, a despecho de la experiencia y de la realidad, suponen todavía en los principios y en las instituciones del régimen demo-liberal-burgués, la aptitud y la posibilidad de rejuvenecer y reanimarse. Bryan no pudo ni quiso ser un revolucionario. En el fondo adaptó siempre sus ideales a su psicología de burgués honesto y protestante. Mientras en los Estados Unidos la lucha política se libró únicamente entre republicanos y demócratas,—o sea entre los intereses de los trusts y los ideales de la pequeña burguesía—las masas afluyeron al partido de Bryan. Pero desde que en los Estados Unidos empezó a germinar el socialismo, la sugestión de las oraciones democráticas de este pastor un poco demagogo perdió toda su primitiva fuerza. El proletariado

norteamericano en gran número empezó a desertar de las filas de la democracia. El partido demócrata, a consecuencia de esta evolución del proletariado, dejó de jugar, con la misma intensidad que antes, el rol de partido enemigo de los trusts y de los varones de la industria y la finanza. Bryan cesó automáticamente de ser un conductor. Y a este desplazamiento interno el propio Bryan no pudo ser insensible. Todo su pasado se volatilizó poco a poco en la pesada y prosaica atmósfera del más potente capitalismo del mundo. Bryan pasó a ser un inofensivo ideólogo de la república de los trusts y de Pierpont Morgan. Su carrera política había terminado. Nada significaba el hecho de que continuase sonando su nombre en el elenco del partido demócrata.

Pero, liquidado el político, no se sintió también liquidado el puritano proselista y trashumante. Y Bryan pasó de la propaganda política a la propaganda religiosa. Tramontados sus sueños sobre la política, su espíritu se refugió en las esperanzas de la religión. No le era posible renunciar a sus arraigadas aficiones de propagandista. Y, como además su fe era militante y activa, Bryan no podía contentarse con las complacencias de un misticismo solitario o silencioso.

Su última batalla ha sido en defensa del dogma religioso. Este demócrata, este liberal de otros tiempos se había vuelto, con los años y los desencantos, un personaje de impotentes gustos inquisitoriales. Su denodada elocuencia ha estado, hasta el día de su muerte, al servicio de los enemigos de una teoría científica como la de la evolución que en sus largos años de existencia se ha revelado tan íntimamente connaturalizada con el espíritu del liberalismo. Bryan no quería que se enseñase en los Estados Unidos la teoría de la evolución. No lo habría hecho nunca si hubiese comprendido que evolucionismo y liberalismo son en la historia dos fenómenos consanguíneos.

La culpa no es toda de Bryan. La historia parece querer que, en su decadencia, el liberalismo reniegue cada día una parte de su tradición y una parte de su ideario. Bryan, además, se presenta, en la historia de los Estados Unidos, como un hombre predestinado para moverse en sentido contrario a todas las avalanchas de su tiempo. Por esto la muerte lo ha sorprendido, contra los ideales imprecisos de su juventud, en el campo de la reacción. Es la suerte, injusta tal vez, pero inexorable e histórica, de todos los demócratas de su escuela y de todos los idealistas de su estirpe.

JOSÉ CARLOS MARIÁTEGUI

DESPUÉS de haber adquirido gran relieve por los años de 1905 a 1909 entre los hombres de ciencia, entre los literatos aficionados a las disciplinas científicas, como Remy de Gourmont, y entre los filósofos extraños a la tutela académica y oficial, como Jules de Gaultier, después de haber visto su obra primordial, *L'eau de mer*, comentada en revistas de todo género y explicada a los públicos semiletrados por la palabra elegante y autorizada de popularizadores tan competentes como Dastre, René Quinton había desaparecido del escenario científico (la ciencia tiene también su tablado), para mostrarse empeñado en obras de salubridad o cuestiones de cálculo rápido.

Al leer la noticia de su muerte, los que le conocían tan sólo por su obra fundamental o por su *Ley de constancia original*, e ignoraban sus otras actividades, han debido preguntarse: ¿Vivía aún? En el eclipse y reaparición de su nombre se verificó el teorema de la doble personalidad, y en esto tal vez estribe el interés que ha de despertar su muerte en los medios literarios y científicos. René Quinton, el hombre de ciencia, desapareció súbitamente. Al cabo de cierto tiempo surgió un personaje del mismo nombre, que se ocupaba en la organización de hospitales para niños, y más tarde otro que daba reglas matemáticas para competir con la supuesta habilidad de Inaudi, el gran calculador italiano. La creencia en los especialistas se ha convertido en una superstición popular. Un hombre que se entrega al cultivo de varias disciplinas se desacredita o se bifurca en la imaginación de las gentes.

En tiempos de Miguel Angel, un hombre podía hacer frescos gloriosos, tallar mármoles tan duraderos como el tiempo y plasmar sonetos que repiten todavía los extranjeros para mostrar el alto relieve de su información literaria. En los días del especialismo, está desacreditado el obrero que hace a un mismo tiempo la punta y la cabeza del alfiler. Ha de consagrar todo el vigor de sus potencias mentales a una sola cosa. Escrita su obra sobre el agua de mar y formulada su teoría sobre la constancia original, René Quinton, según el concepto de los hombres de ciencia contemporáneos, ha debido continuar en un doble empeño: buscar, de un lado, con todo el fervor de un convencido, los hechos y datos que podían servir para apuntalar su teoría; y adelantarse a sus contradictores posibles investigando los hechos o fenómenos que pudieran acumularse, con el objeto de invalidar sus



René Quinton

(Dibujo de SIRIO).

principios. Iluminar aquéllos y desvanecer el mérito probatorio o científico de éstos, era, en el verdadero rigor de la carrera científica, labor suficiente para toda una vida. En vez de esto, René Quinton se puso a estudiar cálculo, a aplicar sus descubrimientos al uso del suero en el tratamiento de ciertos accidentes y, por último, se entregó a la tarea de favorecer la aviación sin motor y a ofrecer premios a los más aventajados en los experimentos de este género. Cuando murió para el Registro Civil ya había muerto para la ciencia, y de un modo lamentable, porque la primera defunción tuvo caracteres de suicidio premeditado y en pleno uso de sus facultades.

Su muerte real va a ser un género de resurrección. El telégrafo ha difundido la noticia por todos los ámbitos del globo. Ahora vendrán los indiscretos cronistas de diarios y los articulistas de semanarios y revistas mensuales a enseñarle al público que el nuevo Mecenas de la aviación sin motor era, por un error del destino manifiesto de los individuos, el mismo que había analizado minuciosamente las propiedades químicas del agua de mar, su valor exclusivo como medio vital y había hallado en esos estudios la manera de probar, primero, que todos los seres vivos vienen del mar, y luego, que la concentración salina de la sangre y la temperatura del cuerpo en cada especie ofrecen datos más o menos imprecisos para determinar la época en que abandonó la vida marítima. De este modo se muestra que no es el hombre el último llegado a tierra firme, ni el organismo más perfecto entre los demás animales, sino el ave misteriosa que nos precedió en la conquista del aire, sin romperse la crisma a cada mo-

mento por inadecuada acción de cualquiera excéntrica.

La obra de René Quinton no puede resumirse en dos columnas de un semanario. Pero la tarea está hecha en obras muy conocidas. Jules de Gaultier, con la claridad astral de su estilo, ha expuesto en dos obras suyas la ley de constancia original. En *La dépendance de la Morale et l'Indépendance des Moeurs*, primero, y más tarde en *Comment naissent les Dogmes*, el filósofo del Bovaarismo expuso y comentó ampliamente las doctrinas de Quinton. Por su parte, Remy de Gourmont, espíritu abierto a todas las sugerencias del mundo de las ideas, se apoderó de la noción fundamental de Quinton para plantear a su turno, en aquella forma insuperable y fascinadora del filósofo y del popularizador, mezclados en dignas proporciones, su *Ley de constancia intelectual*, tan llena de seducciones como rica de puntos de vista inesperados y fecundos. En ese mismo volumen, el solitario de los bulevares hace, bajo las especies de un artículo de revista intitulado *la Rebelión del vertebrado*, un análisis de la ley quintoniana, ante las afirmaciones de la teoría evolutiva, para concluir que, lejos de contradecirla, como piensan algunos, le sirve de apoyo y de sustento.

Gaultier concentra en dos páginas la teoría de Quinton: «¿En qué consiste, exactamente, se pregunta, la ley de constancia propuesta por Quinton? En esto: que la célula viva tomada como sustituto concreto de esta entidad general que es la vida, requiere para su aparición y conservación condiciones fijas de temperatura, de composición del medio químico, de grado de concentración de este medio y de otras, sin duda, que Quinton no ha estudiado aún o que ha indicado solamente, tales como las condiciones luminosas, pero cuya intervención en la génesis y en la conservación del fenómeno biológico es, por lo menos, probable. Se sabe que en nuestro planeta la temperatura fué en otras edades demasiado elevada para que la vida fuese posible, que la vida no apareció sino cuando, con el tiempo, al enfriarse el globo, la temperatura bajó al nivel requerido. Se sabe, además, que después de esta primera aparición de la vida el enfriamiento, acentuándose de una manera progresiva, modificó las condiciones térmicas, cuya permanencia era reclamada por la célula. La vida, imposible antes de que la tierra hubiese llegado a un cierto grado de enfriamiento, se encontraba en condiciones progresivamente menos favorables a medida que se

acentuaba el enfriamiento del globo. La situación de la célula fué la misma con relación al grado de concentración del medio marino en el cual tuvo su principio, cuyo grado de concentración, de 8 a 9 gramos de sales por mil en la época del nacimiento de la vida, se ha elevado en los tiempos actuales de 27 a 29 por mil. En fin, el éxodo de las especies fuera del medio marino, hacia la tierra firme, hacia el agua dulce y el aire, ha impuesto a las formas animales de cada especie emigrada un medio nuevo muy diferente. Permanencia, pues, de las condiciones requeridas por la vida, cambio del medio donde la vida está sumergida. De la confrontación de estos dos hechos, Quinton ha hecho resaltar esta noción importantísima: ha concebido la evolución biológica o sea la aparición sobre el globo de las especies sucesivas, como una réplica de la vida, que necesita de la permanencia, al cambio ineludible del medio». En este lúcido y conciso resumen de una obra preñada de fórmulas y de cuadros sinópticos, se ve claramente cómo la ley Quinton es espada de dos filos en manos del filósofo, exento de ideas preconcebidas; para unos ella fortifica la doctrina evolutiva, porque supone la adaptación al medio; pero, de otro lado, la demuele parcialmente, mostrando que la tendencia no es a mudar de lo simple a lo complejo, sino a perpetuar las condiciones originales, reaccionando contra el medio.

Según la teoría de Quinton, todas las manifestaciones de la vida proceden del agua de mar. Ascender hasta la probable paternidad del mono y detenerse complacientemente o con furia, según el temperamento del observador, en ese inocuo antepasado, es evitar el fondo de la cuestión. Nuestro antepasado innegable, según Quinton y sus expositores, es la bestia marina, con la cual hicimos vida común en tiempos que han pasado para no volver, porque la temperatura de las aguas del mar decrece y aumenta la concentración salina paulatinamente. Pero, cosa extraña, el hombre continúa siendo un animal marino, si bien algunos ejemplares de la especie desmienten la teoría, porque viven en pie de neutralidad armada con el agua. El hombre es un organismo suspendido en un medio marino; podría decirse que es un pez, si de ciertos puntos de vista esto no envolviera un cargo desproporcionado contra los habitantes del piélago. La sangre humana es un medio marino. Quinton ha reemplazado con agua salada la sangre de individuos sangrados al blanco y los ha hecho revivir inme-

diatamente. El hombre víctima de este experimento gozó de mejor salud después de la peligrosa sangría y recuperó con rapidez la hemoglobina perdida. El caso de los peces de agua dulce parecía ser una excepción de la ley, pero Quinton descubrió que estas criaturas «son absolutamente impermeables al líquido en que viven, de modo que pueden conservar dentro de sí un verdadero acuario marino».

Jules de Gaultier el segundo evangelista de René Quinton, no es filósofo desconocido en este paralelo del Hemisferio Austral. Con él pasa como con el primero, que fué de Gourmont, cuyas obras son menos conocidas y estudiadas en Europa que en América. *La Nación* publicó una de las obras más discutidas de Gaultier su *Bovarysne*, en que se explican con gran novedad y perspicacia ciertos aspectos del mecanicismo del conocimiento. La versión castellana, perspicua y elegante, es obra de la señora Delfina Mitre de Drago, y mereció la aprobación del autor a quien le fué hecha conocer en Francia. De Gaultier se sintió muy lisonjeado de que su obra hubiera sido objeto de tan asiduo e inteligente cuidado, y tuvo palabras de aplauso para la versión y la intérprete.

En cuanto a la psicología de Quinton, puede afirmarse que su vida y su persona ofrecen la más tentadora de las ocasiones a un biógrafo simpaticante. Este hombre de ciencia era a un mismo tiempo un brillante oficial de caballería. El médico tenaz en la persecución del eczema o la psoriasis, era un intelectual de grande ascendiente sobre la juventud estudiosa de su tiempo. El investigador que había señalado en los mares al

antepasado del hombre, se lanzaba a la conquista del aire y ofrecía premios a los que volasen en aeroplanos sin motor, y no se continúa la serie de contrastes porque está prohibido por Alfred de Musset,

Ravauder l'oripeau qu'on appelle antithése.

B. SANÍN CANO

(*La Nación*, Buenos Aires).

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración: LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Quien habla de la presa en su género, Rica. Su larga

ca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada,

Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la Kola DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Sonetos

1

Hay un sol verde y largo sobre la ciudad viva,
hay un corazón joven bajo el cielo sonoro,
campana loca al aire, pico franco de loro,
sangre que brota, y canta brotando de la herida.

Avispa roja tiembla bajo verde escondida,
(Mujer eres pantera, quieta en vulgar decoro).
Hay estrellas cuajadas en mi fuente de lloro,
es una pandereta la esperanza fallida.

Rubén Darío canta recias Prosas Profanas.
Las mujeres se mecen cual maduras manzanas...
¡Oh, intolerable mezcla de Samain y Voltaire!

El tiempo es una cosa muy moral que circula...
Yo, para no sentirlo, me he comprado una bula.
Ya, don Jorge Manrique, no te puedo leer.

2

Escribo como bate de mi vieja Castilla,
más que las sutilezas amo las bizarrías,
y a pesar de que amo las grandes rebeldías
como poeta lírico me ciño a la cartilla.

Como español soy dueño de una gran maravilla
al hablar un lenguaje de recias germanías,
camino entre alegrías y entre melancolías...
mi padre fué de Córdoba, mi madre de Sevilla.

Soy un eco moderno del noble romancero,
si no fuera poeta, yo sería trovero,
y aceptaría en pago un vaso de bon vino.

Hoy tengo un automóvil de 40 H. P.
Como vivo en América, bebo sólo café...
Creo que he de morirme de un mal del intestino.

3

Yo sueño algunas veces con esa edad gloriosa
de errantes caballeros y de hazañas triunfales,
y me siento en iglesias de floridos vitrales
contemplando a mi dama que es una blanca rosa.

Yo sueño con la hueste castellana y briosa
de mío Cid Rui Díaz, y en batallas campales,
y me arrodillo en piedra de viejas catedrales
y ofrezco cien cabezas de esa morisma odiosa.

Yo en otro tiempo hubiera sido conquistador,
y vasallo obediente si hubiera buen señor,
épica pesadumbre de la ciudad moruna.

Algunas veces lloro contemplando la luna...
Soy hijo de este siglo canallesco y brutal.
Para engañarme escribo sonetos... No está mal.

4

Todo está quieto en este crepúsculo violeta,
el lago se ha quedado soñando en su quietud,
el paisaje está lleno de silencio y virtud,
todo hombre en esta hora tiene alma de poeta.

Yo sé que todo vive, que se agita y palpita,
y siento una infinita piedad por lo que existe,
hay cosas que sonríen y hay cosas que están tristes,
es la estrella que cruje y el árbol que crepita.

Pasa una brisa tenue meneando el ramaje,
la luna llena dora largamente el paisaje,
con tanta paz no intento ni siquiera pensar.

Mi pensamiento duerme maravillosamente,
las estrellas son gotas de rocío en mi frente,
me siento tan profundo como el centro del mar.

5

Este jardín es mío totalmente
por la emoción y por la soledad,
en mi dolor y en mi serenidad
siento que estoy viviendo plenamente.

Ni el amor loco ni el deseo ardiente
lleguen a la quietud de mi heredad,
siento dormida en mí la eternidad
como una estrella quieta en una fuente.

Serenidad de amor me posesiona,
voz de mujer en ala de paloma,
y un ruiseñor que se divierte y trina.

Y la seguridad de lo futuro
poniendo frente al universo duro
la suavidad de una égloga latina.

6

Amor que sea transparente y fino,
y osado en el blancor de su pureza,
que se entregue desnudo en su belleza
para sentirlo humano y muy divino.

Amor que sea entero como el trino
que se desnuda en la naturaleza,
lleno de ingenuidad y de destreza,
leche crinada con sabor a vino.

Amor que abraze y se enloquezca y ría
en una larga fiesta de alegría.
(Mirra de templo y pámpanos de abril)

Amor de labio sobre alma; quieto.
Ambigüedad de dulcedumbre y reto
en su maciza torre de marfil.

7

A HELENE

(De RONSARD)

Cuando estés viejecita, de noche, a la candela,
sentada junto al fuego, deshilando e hilando,
al recitar mis versos dirás rememorando:
«Ronsard me celebraba cuando yo estaba bella».

Entonces escuchando tus dolidas querellas,
aunque ya por influjo de su afán dormitando,
al escuchar el nombre de Ronsard, despertando
bendecirán tu nombre celestial tus doncellas.

Yo estaré bajo tierra, y de mi sepultura
saldré a vagar, fantasma bajo la noche oscura.
Tu estarás junto al fuego, viejecita y temblante,

lamentado en silencio tu desprecio y mi amor.
No esperes el mañana para cortar la flor.
Vive tu vida, corta las rosas del instante.

ARTURO TORRES RÍOSECO

University of Texas,
Austin, Texas, U. S. A.

La Revista, órgano del Ministerio de Instrucción Pública de Nicaragua, en su entrega de Junio de 1925, comienza a reproducir los Programas de Educación del Sr. Brenes Mesén.

Véase lo que al respecto dice la Dirección de *La Revista* a los maestros de Nicaragua:

La Revista se empeña en dar a conocer esos programas por la analogía que existe entre ellos y los nuestros, más sabios y más prudentes aquéllos, y más ajustados a las normas científicas.

Para que el profesorado nacional se inspire en la enseñanza de las páginas de Brenes Mesén, e incluya en el bagaje intelectual las normas de instrucción y solidaridad en que tanto se empeña el escritor, publicamos a continuación el programa del primer grado.

Lo que no saben en Nicaragua es que aquí la ignorancia y los enconos han dado al traste con lo que ellos estiman en justicia.

HABÍA una vez un cazador y cetrero, llamado Sonjo, que vivía en el distrito de Tamura-no-Go de la provincia de Mutsu. Un día salió de caza, pero no pudo encontrar pieza alguna de montería. De regreso a su hogar y en un lugar llamado Akanuma, vislumbró un par de oshidori (patos-mandarines) (1), que nadaban juntos en un río que él debía atravesar. Matar oshidori es malo, pero sucedía que Sonjo estaba hambriento y disparó contra la pareja. Su flecha hirió al macho; la hembra escapóse entre los matorrales de la ribera distante y desapareció. Sonjo tomó el pájaro muerto y lo echó a cocer.

Aquella noche tuvo un sueño extraño. Le pareció que una mujer hermosa penetraba en su cuarto, que se detenía ante su almohada y que comenzaba a llorar. Tan lastimero era su llanto, que Sonjo sintió como si su corazón se hiciera pedazos al escucharlo. Y la mujer le gritó diciendo: «Por qué—oh! por qué le mataste?—¿de qué crimen era culpable?... Vivíamos tan felices juntos en Akanuma, —y le mataste!... ¿Qué mal te hizo?—¿Sabes siquiera lo que has hecho?... A mi también me has matado,—porque no sobreviviré sin mi esposo!... Sólo para decirte esto he venido»... Volvió a llorar, tan amargamente que el sonido de su llanto penetró hasta

(1) Desde tiempos inmemoriales, en el lejano Oriente, estos pájaros se consideran como símbolos del amor conyugal.

Tablero

=1925=

Con los autores

JUAN B. TERÁN.—*Voces Campesinas*. Buenos Aires. 1925.

Del Dr. Terán, el admirable Rector de la Universidad de Tucumán en la Rep. Argentina, y de sus oraciones rectorales—muy edificantes, por cierto—ya hemos hablado más de una vez en estas columnas. De nuevo decimos a los maestros preocupados de América que sigan de cerca la labor educativa del Dr. Terán: es de lo más interesante que conocemos en estas patrias nuestras.

El Sr. Terán es también filósofo y buen escritor. Júzguese si no, por las páginas con que en breve enriqueceremos las de LA EDAD DE ORO, extractadas de *Voces Campesinas*, fabulario ameno y jugoso.

Oshidori

=La traducción del inglés la ha hecho José B. ACUÑA.=

la médula de los huesos del que la escuchaba; y entre sollozos recitó las palabras de este poema:

*Hi kururéba
Sasoeshi mono wo-
Akanuma no
Makomo no kuré no
Hitori-né zo uki!*

«Al anoecer le invité para que volviera conmigo—¡Ahora duermo sola en las sombras de los matorrales de Akanuma — ay! qué indecible miseria!» (2).

Después de haber recitado estos versos exclamó:—«¡Ay, tú no sabes, tú no sabes lo que has hecho! Pero

(2) Estos versos tienen un doble sentido patético porque las sílabas que componen el nombre propio *Akanuma* (Pantano Rojo) pueden también interpretarse como *akanu-ma*, que significa «el tiempo de nuestra inseparable (o deliciosa) unión». De manera que el poema puede ser traducido así:—«Cuando el día comenzaba a palidecer le invité para que me acompañara...! Ahora, después del tiempo de nuestra feliz unión, qué miseria es para quien debe acostarse sola en las sombras de los matorrales!» El *makomo* es como una especie de arbusto que sirve para fabricar canastas.

Palabras ejemplares

Filadelfia, 20 de Setiembre de 1925.

Sr. don Joaquín García Monge,
San José.

Estimado Sr. García:

Con estas líneas le va un abonito. Para el siguiente mes le prometo una remesa mayor. Si es un deber cancelar lo que se debe, en este caso lo veo mezclado a un sentimiento de cariño que lo hace otra cosa. Veo detrás la abnegada empresa del maestro y el REPERTORIO. El REPERTORIO me trae a este retiro rural los mejores ratos de vida intelectual. Lo demás lo hacen el aire y el sol.

Cordialmente lo saluda,

R. LEIVA

El Sr. Leiva es el amable e inteligente Visitador de Escuelas del Circuito de Filadelfia, en el Guanacaste.



Los artículos que no lleven indicación de donde se han tomado, deben considerarse como envío directo de sus autores a este semanario.

mañana, cuando vayas a Akanuma, verás, verás...» Diciendo así y llorando tristemente se fué.

Cuando Sonjo se hubo despertado en la mañana, este sueño permanecía tan vívido en su mente que le llenaba de inquietud. Recordó las palabras: «Pero mañana cuando vayas a Akanuma, verás,—verás». Entonces resolvióse a ir enseguida para saber si su sueño era algo más que un sueño.

Partió y allí, cuando hubo llegado a los bancos de la ribera, vió la oshidori hembra que nadaba sola. Instantáneamente el pájaro distinguió a Sonjo, pero en lugar de escaparse, nadó en su dirección, le miró un largo rato de una manera extraña y fija. Después, con su propio pico, desgarró violentamente su cuerpo y murió ante los ojos del cazador...

Sonjo rasuró su cabeza y llegó a ser un monje.

LAFCADIO HEARN

(Tomado del libro *Kwaidan*, historias y estudios de cosas extrañas).

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA

En la orilla

TODA opinión política, tanto teórica como práctica, se apoya en una de estas dos tesis: una,—los bienes de este mundo no alcanzan para toda la humanidad, y lo único que hacer con ellos es entregarlos en privilegio a los escogidos; otra,—los bienes de este mundo *deben* alcanzar para todos los hombres.

Existen, para la imaginación del artista, tres clases de mundos: el exterior, material y formal, donde sólo se quedan los espíritus tardos, incapaces de correr tras nuevos arquetipos o de descubrirlos bajo la apariencia; dos mundos interiores: uno de formas y otro de ideas: con cualquiera de ellos se supera al exterior, así sea la obra las *Mil y una noches* o el *Paradiso*.

Una de las modas literarias de los últimos cincuenta años, una de las más curiosas, es la *moda cristiana*. En los países románticos, de tradición católica, el escritor aspira a cristiano fuera de la ortodoxia; pero como nunca ha tenido paciencia para leer íntegros los Evangelios—en eso es inferior a cualquier protestante,—su *retorno al cristianismo* resulta una combinación arbitraria de sermones escuchados en la adolescencia y literatura derivada de Renán. Se pretende, es verdad, que «no hay que leer a Renán», pero se lee a sus epígonos: sólo sabe precaverse, desconfiar de las imitaciones, el que ha leído los originales.

Muy fino, Barbey d'Aureville. Muy ingenioso. Sino que le preocupan demasiado, como a su heredero en *dandismo*, Marcel Proust, la distinción, la elegancia, el *monde*.

—Es que el *monde*, la sociedad elegante, era cosa relativamente nueva en tiempos de Barbey.

—¿Cómo había de ser cosa nueva? Provenza, la Italia del Renacimiento, la Francia de los Luises...

—Quiero decir que la sociedad elegante era cosa nueva como *fin en sí*, como mundo que halla en sí propio, y no fuera, su objeto y su justificación. Para las cortes medioevales, el interés de la vida social estaba en los ejercicios de valentía y de ingenio, las justas y los torneos, las contiendas literarias. Para las cortes del Renacimiento, el fin era la cultura, con toda la amplitud humana que sabe atribuirle el Mediterráneo: así, los ideales del *Cortesano* de Castiglione pudieron transmitirse, sin absurdo ni paradoja, a los héroes trágicos de Corneille. Y el ideal francés bajo los Luises no era otro: el *hon-néte homme* era el paradigma del caballero, y las actividades de la gente distinguida eran, entre otras, discutir de literatura en el Hotel Rambouillet, tomar partida en favor de una de las tendencias contrarias que se disputaban el dominio de la ópera, ayudar las empresas pedagógicas de

la Maintenon, aprender ciencia con Fontenelle o escepticismo con Voltaire, aplicar ideas de Rousseau, ensayar la utopía retrospectiva de Arcadia.

—Pero también pensaban en la elegancia, en la ostentación...

—Sí. La elegancia era requisito, pero no fin de la vida, en la sociedad aristocrática. No se había convertido en fin lo que sólo es medio. En el siglo XIX, a medida que el *mundo elegante*, el que por tradición lo era, va perdiendo el poder político, se declara dueño único de la distinción.

—Ardid de guerra.

—Y recurso para conservar dominio. En tiempos de Barbey, la situación era nueva, y el *monde* tenía encanto equívoco. Y todo lo equívoco hacía las delicias de Barbey. Pero poco a poco, la distinción y la elegancia fueron vaciándose de contenido, refugiándose en los signos exteriores. A la distinción del *hombre honesto* sucedió la del hombre bien vestido; la elegancia en el cultivo de todas las artes se redujo a la elegancia para bailar; el placer de respirar ambientes de distinción espiritual se convirtió en la vanidad de moverse dentro de círculos cerrados. El *monde*, al perder su contenido, acabó por perder interés. Al *dandy* de Barbey, que agradaba como reliquia pintoresca, sucedió el *snob* de Thackeray, el más intolerable de los tipos sociales.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA

(*Martín Fierro*, Buenos Aires).

La política

LÁSTIMA que el optimismo se me empañe un tanto cuando miro hacia el lado de la política. ¿También los que gobiernan se han especializado en las delicadas tareas de administrar los intereses de un pueblo? Del mismo modo que recurrimos al especialista en medicina cuando se trata de la salud del cuerpo, o confiamos en el abogado para que nos defienda, o llamamos al arquitecto para que nos construya una casa segura, confortable y bella, el gobierno deberíamos entregárselo a quien hubiera demostrado competencia suma en la gestión nada sencilla de los asuntos públicos.

No ocurre así, sin embargo. La política ha sido y continúa siendo un campo abierto a cuantos quieran *entrenarse*. Es una suerte de laboratorio en el cual es dable intentar las más arriesgadas experiencias sin que antes se haya mostrado el menor asomo de idoneidad. «No confiamos

el gobierno de una embarcación sino a un experimentado piloto—escribía Erasmo en sus *Adagios*—y el gobierno del Estado lo ponemos en manos de cualquiera».

El filósofo decía eso de los príncipes absolutos e ignorantes que tenían alejadas de la cosa pública a las personas capacitadas para entenderla y dirigirla. Tanto Erasmo como Montesquieu y Renán soñaron con oligarquías ideales que no han logrado imponerse ni siquiera formarse. Las únicas oligarquías que prosperan son las de personas notoriamente inhábiles que suplen la incompetencia con la ambición de dominio. Mandar, someter, imponerle la propia voluntad a los demás suele ser la única, decisiva y suprema aspiración de quienes, por sí mismos, no llegarían nunca a sobresalir en ninguna actividad humana.

RICARDO SÁENZ HAYES

(*De La Prensa*, Buenos Aires).

REPERTORIO AMERICANO

SEMANARIO de cultura hispánica.

De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado por

J. GARCÍA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMÍA DE LA REVISTA

La entrega	¢ 0.50
El tomo (24 entregas)	12.00
El tomo (para el exterior)	\$ 3.50 oro am.
La página mensual de avisos (4 inserciones)	20.00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5 % de descuento. En el anual, un 10 %.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

La Edad de Oro

Ya está listo para la venta el tomo I de LA EDAD DE ORO, lecturas para niños compiladas por el Editor del "Repertorio Americano".

El Índice da una idea de la calidad y alcances del libro:

- Afanasiev: La Zorra, la Liebre y el Gallo.
 Anónimo: Romance del Conde Arnaldos.
 Azorín: La raposa mortecina.
 Banchs, Enrique: La gaviota.
 Borquez Solar, A: Las flores.
 Brenes Mesén, R: Sueño de Cádiz.
 Caballero, Fernán: Tío Curro, el de la porra.
 Cajal, Ramón y: En el cuarto oscuro.
 Caldas, Frco. José de: La nivelación de la papa y del maíz.
 Castillo Lendón, Luis: El cacao.
 Darwin, Carlos: Darwin se siente avergonzado. El Jaguar.
 Domínguez, Manuel: Todo se utiliza en el algodónero.
 Gamboa, Isaías: Excelsior.
 Gómez, Máximo: Carta.
 Guido y Spano, Carlos: At home.
 Guzmán, Ernesto A: Agua de riego.
 Herodoto: La aventura de Arión. Coloquio entre Solón y Cresos. Muerte de Atis. Cresos en poder de Ciro.
 Ibarbourou, Juana de: El vestido de doña Rana. Los juegos. Sobre las abejas. Los árboles. La lluvia.
 Junqueiro, Guerra: La molinera.
 Laval, Ramón A: Cuentos chilenos de nunca acabar.
 Lugones, Leopoldo: El poder de la ilusión. La burra coja.
 Machado, Manuel: Castilla.
 Martí, José: El cuento de los cuatro elefantes. Cultivo una rosa blanca... Tiene el leopardo un abrigo... Los dos príncipes. Carta a su madre. Petrona Revolorio.
 Masferrer Alberto: La historia del carbunco.
 Mistral, Gabriela: El cardo. Obrerito.
 Montalvo, Juan: Elogio de la pobreza. Sin buena voluntad, no hay caridad.
 Nervo, Amado: Llénalo de amor. Enciende tu lámpara. Dar.
 Palma, Ricardo: Anécdota. La fiesta de San Simón Garabatto. El alma de Judas.
 Pallás, A. H: Los caminos después de la lluvia.
 Quiroga, Horacio: El loro pelado. La abeja haragana.
 Rojas, Aristides: El florero de los Washington. Los restos de Bolívar llegan a Caracas.
 Tolstoi, León: La leyenda del rico.
 Unamuno, Miguel de: Parábola de los segadores.
 Uribe, J. Antonio: San Francisco y los pájaros.
 San Francisco de Asís: Cántico de las criaturas.
 Valera, Juan: El pescadorcito Urashina. El espejo de Matsuyama.
 Varios autores: Fábulas y cuentos en verso. Epigramas.

Varona, Enrique J: Emerson dejó su ministerio sacerdotal.

Villanueva, Laureano: Clemencia del Mariscal Sucre.

Vives, Juan Luis: Solidaridad.

Whitman, Walt: Yo escucho el canto de la América.

Diríjase a la Librería Tormo o al Admor. del "Repertorio Americano".

El tomo de 160 páginas cuesta ₡ 1.25 (35 ctvs. oro am.)

Para sus hijos, para sus alumnos: Como premio, como libro de lectura. Para las Bibliotecas Escolares.

Con los autores

ALBERTO MASFERRER, *Ensayo sobre el Destino*. San Salvador. El Salvador. 1925.

Mi querido Alberto Masferrer:

No le había escrito antes, porque esperaba leer su *Ensayo*. Dice Ud. en él hondas cosas con admirable sencillez y claridad. Es muy honroso para nosotros que en El Salvador viva y escriba un instructor de la experiencia y del hondo cavilar y sentir de Ud. Como lo espero, allá lo han de leer mucho, lo que contribuirá, sin duda, al crecimiento espiritual de su patria. Ud en muchas cosas recuerda a Tolstoi. En el *Ensayo* torna accesibles grandes verdades. Por todos lados hay chispazos (v., por ejm., la p. 24) que iluminan algunas cuestiones trascendentales, notables aciertos que son hijos de largas meditaciones y vigiliadas. Ahora, pasados los cuarenta, vengo a ver claro lo del *Misterio de la Trinidad*, que tantos comentadores superficiales han tenido por un absurdo. Recomienda mucho su *Ensayo* el bello estilo en que está escrito (v. un ejp. en la p. 29): el encanto de la imagen pintoresca y poética al tratar cosas sublimes. Hay páginas en su ensayo que parecen salidas de la pluma de Emerson o de Renán. Eso les dará una beneficiosa perdurabilidad. Ciertas cuestiones difíciles de los Evangelios, a la luz de su ensayo se hacen claras. Conviene divulgar su libro, y yo voy a hacerlo. Al margen de la lectura se me ha ocurrido anotar estos renglones, que sólo podrá entenderlos bien el que lo lea (su *Ensayo*) con cuidado:

La responsabilidad tremenda de traer hijos al mundo.—Vuélvase a leer lo que dice de la *Continuación*. A este respecto, recuérdese aquello de los que *vamos en pos*, pero *no adelantamos*.—Destino: la justicia de los dioses. Las Erinnias, agentes del Destino. Léanse los grandes trágicos griegos para ver claro esto. Desatamos las Euménides (las llevamos) con nuestras locuras, o las de los que nos engendraron.—Es consolador el elogio de *la privación*.—Terrible cosa: la ceguera del entendimiento.—

Karma (Justicia suprema).—Lo de que portamos el Destino es muy interesante: sobre todo aquello de que por *incapacidad nos es adverso*.—Veo que se abren las puertas de la comprensión de la moral del Evangelio respecto del prójimo. No hay mal que por bien no venga. El ejercicio de la *misericordia* se impone con respecto a los malos portes del compadre y vecino.—Me detengo y me digo: ¡Gracias a Dios por la vida que de sus manos recibí!—¡Con nosotros va nuestro dolor!—La tierra como ambiente propicio para la materia y hostil al hombre: todo esto es muy interesante (v. p. 72). Los hombres opacos y los que llevan luz: más terrenales los primeros, más celestiales los segundos. Martí habla de *sacarle alas al ángel* (el hombre es el ángel caído) por medio de la educación.—Me viene a la memoria el apostolado de Henry George. Masferrer ha meditado mucho los escritos de George.—Este *Ensayo sobre el Destino* sólo puede escribirse pasando por *la prueba* porque ha pasado su autor. En el dolor se crean tales páginas.

Mi querido Alberto: Lo felicito, pues, por su nuevo libro. Me ha movido mucho su lectura. He dado ya los pasos para disponer la edición que Ud. autoriza. Será de 500 ejps. Le mandaré 200. El Sr. Cónsul Corpeño me tomará 10 o 15. El resto, hasta 400, trataré de colocarlo entre los lectores del REPERTORIO. Y del sobrante, sacaremos copias para Gabriela Mistral, Brenes Mesén, Lugones y otras torres en que hay vigía de este nuestro mundo hispánico.

gm.

Setiembre 30 de 1925.

Revista de Filosofía

CULTURA - CIENCIAS - EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por JOSÉ INGENIEROS Y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 páginas.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina

Exterior: » 5 \$ oro.

Redacción y Administración: BELGRANO 475 Buenos Aires

Revista Ariel

Letras, Artes, Ciencias, Misceláneas

Aparecerá el 15 y 30 de cada mes, en cuadernos de 28 páginas.

Director:

FROYLÁN TURCIOS

Dirección y Administración:

Esquina casa Streber.

Tegucigalpa, Honduras. Centro América.

Buda

Buda es su gran dios, ⁽¹⁾ que no fué dios cuando vivió de veras, sino un príncipe bueno, tan fuerte de cuerpo que mano a mano echaba por tierra a leones jóvenes, y tan hermoso que lo quería como a su corazón el que lo veía una vez, y de tanto pensamiento que no podían los doctores discutir con él, porque de niño sabía más que los doctores más sabios y viejos. Y luego se casó, y quería mucho a su mujer y a su hijo; pero una tarde que salió en su carro de perlas y plata a pasear, vió a un viejo pobre, vestido de harapos, y volvió del paseo triste: y otra tarde vió a un moribundo, y no quiso pasear más: y otra tarde, vió a un muerto, y su tristeza fué ya mucha: y otra vió a un monje que pedía limosnas, y el corazón le dijo que no debía andar en carro de perlas, sino pensar en la vida, que tenía tantas penas, y vivir solo, donde se pudiera pensar, y pedir limosna para los infelices, como el monje. Tres veces le dió en su palacio la vuelta a la cama de su mujer y de su hijo, como si fuera un altar, y sollozó: y sintió como que el corazón se le moría en el pecho. Pero se fué, en lo oscuro de la noche, al monte, a pensar, en la vida, que tenía tanta pena, a vivir sin deseos y sin mancha, a decir sus pensamientos a los que se los querían oír, a pedir limosna para los pobres como el monje. Y no comía, más que lo que un pájaro: y no bebía, más que para no morir de sed: y no dormía, sino sobre la tierra de su cabaña: y no andaba sino con los pies descalzos. Y cuando el demonio Mara le venía a hablar de la hermosura de su mujer, y de las gracias de su niño, y de la riqueza de su palacio, y de la arrogancia de mandar en su pueblo como rey, él llamaba a sus discípulos, para consagrarse otra vez ante ellos a la virtud: y el demonio Mara huía espantado. Esas son cosas que los hombres sueñan, y llaman demonios a los consejos malos que vienen del lado feo del corazón; sólo que como el hombre se ve con cuerpo y nombre, pone nombre y cuerpo, como si fuesen personas, a todos los poderes y fuerzas que imagina: ¡y ése es poder de veras, el que viene de lo feo del corazón, y dice al hombre que viva para sus gustos más que para sus deberes, cuando la verdad es que no hay gusto mayor, no hay delicia más grande, que la vida de un hombre que cumple con su deber, que está lleno al rededor de espinas: ¿pero qué es más bello, ni da más aroma que una rosa? Del monte volvió Buda, porque pensó, después de mucho pensar, que con vivir sin comer y beber no se hacía bien a los hombres, ni con dormir en el suelo, ni con andar descalzo, sino que estaba la salvación en conocer las cuatro verdades, que dicen que la vida es toda de dolor, y que el dolor viene de desear, y que para vivir sin dolor es necesario vivir sin deseo, y que la dulce nirvana, que es la hermosura como de luz que le da al alma el desinterés, no se logra viviendo, como un loco o glotón, para los gustos de lo material, y para amontonar a fuerza de odio y humillaciones el mando y la fortuna, sino entendiendo que no se ha de vivir para la vanidad, ni se ha de querer lo de otros y guardar rencor, ni se ha de dudar de la armonía del mundo o ignorar nada de él o mortificarse con la ofensa y la envidia, ni se ha de reposar hasta que el alma sea como una luz de aurora, que llena de claridad y hermosura al mundo, y llore y padezca por todo lo triste que hay

(1) Dios de los anamitas, en el Asia.



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

en el, y se ve como médico y padre de todos los que tienen razón de dolor: es como vivir en un azul que no se acaba, con un gusto tan puro que debe ser lo que se llama gloria, y con los brazos siempre abiertos. Así vivió Buda, con su mujer y con su hijo, luego que volvió del monte. Después sus discípulos, que eran muchos, empezaron a vivir de lo que la gente les daba, porque le hablasen de las verdades de Buda, y de sus hazañas cuando era príncipe, y de como vivió en el monte; y el rey vió que en el nombre de Buda había poder, porque la gente miraba todo lo de Buda como cosa del cielo, tan hermoso que no podía ser hombre el que vivió y habló así. Mandó el rey juntar a los discípulos, para que pusiesen en libros la historia y los sermones y los consejos de Buda; y puso los discípulos a sueldo, para que el pueblo viese juntos el poder del rey y el del cielo, de donde creía el pueblo que había venido al mundo Buda. Hubo unos discípulos que hicieron lo que el rey quería, y salieron con el ejército del rey a quitarles a los países de los alrededores la libertad, con el pretexto de que les iban a enseñar las verdades de Buda, que habían venido del cielo: y hubo otros que dijeron que eso era engaño de los discípulos y robo del rey, y que la libertad de un pueblo pequeño es más necesaria al mundo que el poder de un rey ambicioso, y la mentira de los sacerdotes que sirven al rey por su dinero, y que si Buda hubiera vivido habría dicho la verdad, que él no vino del cielo sino como vienen los hombres todos, que traen el cielo en sí mismos, y lo ven, como se ve el sol, cuando, por el cariño a los hombres y la honradez, llegan a ser como si no fuesen de carne y de hueso, sino de claridad, y al malo le tienen compasión, como a un enfermo a quien se ha de curar, y al bueno le dan fuerzas, para que no se canse de animar y de servir al mundo: ¡ese sí que es cielo, y hasta divino! Pero los discípulos que estaban con el rey pudieron más; y el rey les mandó hacer pagodas de muchas torres, donde ponían a Buda de dios en el altar, y los discípulos se mandaron hacer túnicas de seda y mantos con mucho oro y bonetes de picos, y a los discípulos más famosos los fueron enterrando en las pagodas, con sus estatuas sobre la sepultura, y les encendían luces de día y de noche, y la gente iba a arrodillarse delante de ellos, para que les consolaran las penas que da el mundo, y les dieran lo que deseaban tener en la tierra, y los recomendaran a Buda en la hora de morir. Miles de años han pasado, y hay miles de pagodas. Allí van los anamitas tristes, que ya no encuentran en la tierra ayuda, y la van a pedir a lo desconocido del cielo,

JOSÉ MARTÍ

(La Edad de Oro).

La hortaliza

Cálidamente rojos como unos corazones,
¡salud! Ya están maduros los pimientos morrones.

Sus grandes hojas grises endurece el repollo
escondiendo la tierna palidez del cogollo.

Su blanca cabeza ácida entierra la cebolla;
mas ya los pobres echan de su hoja verde a la olla.

Y las crespas lechugas tendrán quien las consagre
pronto con el aceite, con la sal y el vinagre.

Mi tierna azúcar roja, dice la remolacha,
sabe a choclo, a sandía y a boca de muchacha.

El culantro levanta su umbela; el perejil
la suya; son parientes en más de un don sutil.

En su piel grana el rábano picante evita el sol,
y el tomate al sol lustra su dorado arrebol.

Como en los viejos días en que eras noble emblema,
¡oh, apio, con tus gajos, corona mi poema!

LUIS L. FRANCO

Buenos Aires, Rep. Argentina.

Los tesoros esenciales

Un niño estaba sentado al lado de su madre
y miraba silencioso el fuego del hogar. De repente,
como si se viera libre de un triste pensamiento, con
ojos alegres dijo a su madre: «Mamá, yo quiero ser rico».

«¿Por qué quieres ser rico, hijo mío?» Y el niño
contestó: «Todo el mundo alaba al rico; todos le bus-
can. El forastero que comió con nosotros ayer, pre-
guntó quién era el más rico del pueblo. En la es-
cuela hay un niño modorro, que jamás se sabe la
lección, y a veces dice malas palabras, y sin em-
bargo, los demás no se lo llevan a mal porque dicen
que es rico». Entendió la madre que su hijo corría
peligro de creer que las riquezas podían suplir el
lugar de la bondad, o servir de disculpa a la indo-
lencia, o prestar honra a los que se portan mal, y
entonces dijo: «¿Qué quiere decir ser rico?»; y el niño
contestó: «No lo sé, pero dime lo que debo hacer para
llegar a ser rico a fin de que todo el mundo me bus-
que y me celebre».

La madre replicó: «Llegar a ser rico significa
llegar a tener dinero, y para conseguir esto debes
esperar que seas hombre».

Púsose el niño triste y dijo: «Y no habrá medio
de que yo desde ahora empiece a ser rico?»

Ella contestó: «El dinero no es la única ni la
verdadera riqueza; el fuego puede quemarle, el agua
y el viento arrebatarlo, el orín le gasta y el ladrón
se apodera de él».

«Agóbianse los hombres de trabajo para obtenerlo,
pero no se lo llevan consigo al morir. El alma del
más opulento príncipe sale sin ropaje como la del
mendigo que pedía limosna en los caminos reales».

«Hay otra clase de riquezas que no se guarda en
bolsa sino en el corazón, y los que las poseen, si no

alabados por los hombres, merecen la aprobación de
Dios».

El niño dijo entonces: «¿Puedo yo empezar ahora
a recoger esta clase de riquezas o he de esperar para
ello que crezca y llegue a ser hombre?» La madre
le puso las manos en la cabeza y dijo: «Hoy mismo,
si oyes la voz del Señor que promete que hallarán
lo que busquen quienes buscan temprano».

Y el niño dijo seriamente: «Dime cómo puedo
llegar a ser rico a los ojos de Dios». Entonces ella
le miró con ternura y dijo: «Arrodíllate cada noche
y cada mañana, y ruega que resida en tu corazón
el amor de Dios; obedece sus preceptos, y trata todos
los días de tu vida de ser bueno y de hacer bien a
todo el mundo. Así, si eres pobre de bienes en la
tierra, serás rico de fé y heredarás el reino de los
cielos».

(Contado por LUIS F. MANTILLA
*Educación Infantil en los Jardines de
Niños*. Nueva York, 1886).

Soldado

¡Soldado!

Tu sable y tu escopeta;
tu ros y tu caballo.

¡Soldado!

Huestes imaginarias
siguen tu voz de mando.

¡Soldado!

Frunces el ceño y huyen
dispersos los contrarios.

¡Soldado!

Toda la casa llena
de estrépito tu paso.

Bien lo adivinas, hijo;

¿quién te hizo adivinarlo?

Si eres como yo quiero
tendrás que ser soldado.

Soldado, aunque no quieras,
pero soldado raso,

sin galones ni estrellas,
en combate diario.

Soldado, aunque no quieras,
sólo con que hablé alto

tu corazón y escuche
lo que hablan tus hermanos.

¡Soldado!

Firme sin juramentos
y sin hazañas bravo.

¡Soldado!

Soldado a todas horas,
alerta y arma al brazo.

¡Soldado!

Contra el odio y la guerra,
contra todo lo falso,

contra todo lo impuro...

¡Soldado!

ENRIQUE DIEZ-CANEDO

(*Algunos Versos*,
Madrid, 1924).